

La afectación y la petulancia

Por ENRIQUE GUARNER

EN la tragedia de Tennessee Williams ganadora del Premio Pulitzer, intitulada «A streetcar named Desire», que fuera estrenada en el teatro Barrymore de Nueva York en 1947; nos encontramos con una persona afectada con las emociones propias de las histéricas.

Blanche y Stella Dubois eran las últimas descendientes de una familia rica que había poseído tierras y una finca en el sur de los Estados Unidos. Sin embargo, a lo largo de los años ellas se habían ido arruinando. Stella estaba casada con el viril, pero brutal polaco Stanley Kowalsky, y habitaba un pequeño departamento en el barrio pobre de Nueva Orleans. A pesar del ambiente refinado del que provenía ella vivía adaptada a la vida corriente y ordinaria de la clase social a la que pertenecía su marido. Su riñas eran constantes y hasta llegaban a los golpes, para luego reconciliarse y retornar al amor que sentían.

El arribo de Blanche viene a romper su estabilidad, puesto que ella con el aire estudiado que la caracteriza, aparentando una aristocracia perdida y utilizando un lenguaje rebuscado con palabras francesas; provoca la hostilidad de su cuñado.

En realidad, Blanche ha huido de una vida turbia, después de que su marido menor que ella se suicidó. Posteriormente fue profesora en Laurel (Luisiana), pero algún escándalo sexual hizo que se la expulsara de la escuela. En el primer acto de la tragedia parece conquistar al gigante, sentimental Mitch, hombre sumamente dependiente de su madre, pero Stanley le descubre los desenfrenos amorosos de la cuñada, con lo que logra romper el idilio.

Al final del segundo acto Stella, a punto de dar a luz, se va al hospital lo que aprovecha Stanley para violar a Blanche. Este episodio acaba de trastornarla y finalmente es enviada a un sanatorio de enfermos mentales y aún ante su destino, la protagonista sigue negando la realidad.

Esta magnífica obra de teatro de Tennessee Williams nos presenta el caso típico de la histeria, o sea, la persona con afectación en la cual el elemento básico es la falta de autenticidad. Esta situación poco natural hace que siempre representen un papel abultado, no sólo delante de los demás sino de sí mismas. Es decir, Blanche quiere valer más de lo que merece por sus aptitudes y capacidades, su origen y su posición social.

La razón de estas pretensiones reside en que a través de la afectación se oculta una insuficiencia ante la vida real. Las histéricas carecen de fe en sí mismas y en sus propias fuerzas y compensan su debilidad recurriendo a toda clase de medios para ostentar una vida ficticia y actitudes artificiales.

El egoísmo es uno de los rasgos más marcados que observamos en estas personas. Todos los hombres en cierto grado lo somos, pero no en forma exclusiva ni permanentemente. Los histéricos apetecen de inmediato la estimación y el reconocimiento de los demás. Siempre de-

sean ser ensalzados y a veces este egoísmo surge con una brutal desconsideración. Todo aquel que no se desvele por sus intereses se trueca en un enemigo mortal, porque tratan de centrar la conversación alrededor de ellas mismas.

Cualquier relación es erotizada, aunque en el fondo sean puritanas. Blanche deseaba a su cuñado, pero cuando éste la viola se desmaya. Ello se debe a su falta de satisfacción sexual y a las muchas esperanzas fracasadas, con lagunas afectivas, las cuales han sido rellenadas con vivencias morbosas. Esto da lugar a la característica coquetería y seducción que es tan propia de la mujer histérica.

Los afectos son lábiles y se desencadenan con facilidad, muy a menudo sin motivo alguno, alcanzando enorme intensidad. Todo es exagerado el amor o el odio, la alegría o la tristeza; pero nada dura. Cualquier estado de ánimo cesa con la misma prontitud con la que se estableció y se cambia fácilmente en la emoción contraria. Se goza narrando situaciones desagradables o placenteras y sin embargo, como en Blanche Dubois todo carece de naturalidad, porque parece estudiado. Semejaría como que ella no es capaz de sentir de una manera sencilla, directa y profunda.

Casi todos los rasgos que he descrito corresponden a una regresión temprana porque sus demandas nunca tienen fin. La sexualidad que aparentemente expresan indica que no quieren vivir nunca el coito, porque esto significaría convertirse en mujeres y lo que ellas buscan es volver a ser niñas y por lo tanto ser amadas por el padre.

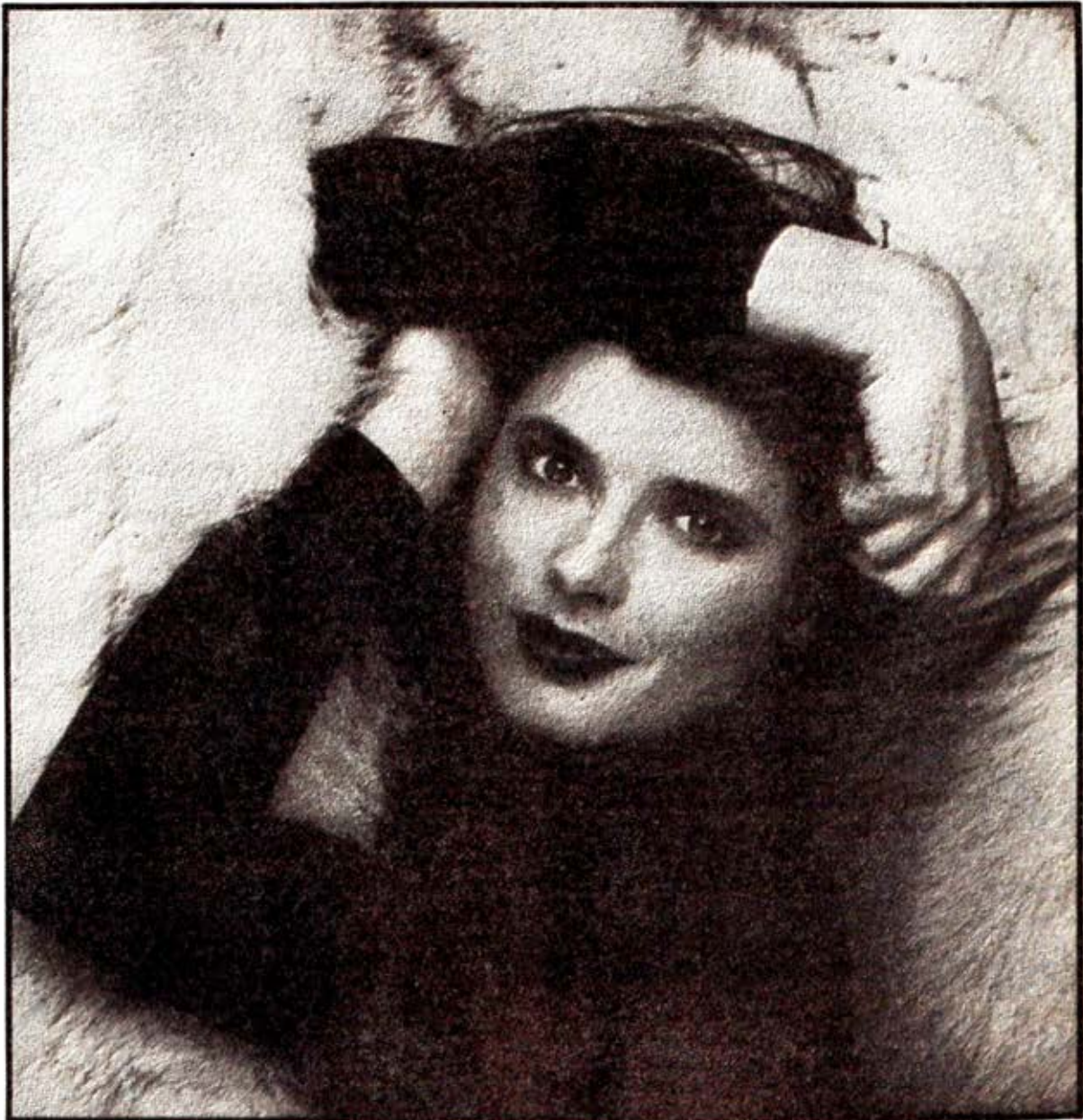
La petulancia

En su libro «Of men and music», el crítico Deems Taylor describe a Richard Wagner de la siguiente manera: «Era uno de los conversadores más agotadores que hayan existido. Una noche con él significaba escuchar en forma total un monólogo. A veces resultaba brillante pero muchas otras fatigante. Sin embargo, tanto cuando deslumbraba o aburría, Wagner poseía un solo tema: él mismo.

«Tenía la manía de siempre estar acertado y en cuanto alguien lo contradecía en algo trivial, Wagner pasaba horas tratando de demostrar que tenía la razón y su interlocutor quedaba exhausto. Por no agotarse era mejor no rechazar ninguna de sus ideas y mantener la paz.

«Nunca se le ocurrió que algo de lo que hacía o pensaba no fuera fascinante para los demás y detentaba teorías acerca de cualquier tema que existiera bajo el sol. Para sostener todos sus conceptos escribía cartas, panfletos o libros sumamente pedantes. Miles y miles de palabras que se encadenaban encasillándose en cientos y cientos de páginas».

Podríamos por lo tanto afirmar que en Richard Wagner predominaba aquello que definiríamos como petulancia, o sea, un estado emocional crónico caracterizado por la autocomplacencia, el centrar todo alrededor de uno mismo y una autosatisfacción que provoca la hostilidad de quienes los rodean. La palabra petulante se deriva del latín y significa insolencia, atrevimiento o descaro que se disfraza con una actitud vana y ridícula de presunción.



La persona que continuamente muestra este afecto trata de llamar la atención hacia su supuesta superioridad y requiere de testigos que den crédito de lo mucho que valen. En la mayoría de los casos esta actitud vanidosa fracasa, pero debo añadir en honor a la verdad que en Wagner la suerte hizo que triunfara al final de su carrera y en mi opinión personal no existe duda de la genialidad creativa del compositor de Leipzig.

El individuo petulante toma siempre una pose de superioridad y cree poseer la verdad, aunque hable de cosas que desconoce o de las cuales tiene bases endebles. Todo el tiempo trata de vanagloriarse y se esfuerza en demostrar su independencia, porque en el fondo sabe de su insignificancia y frustración. Además como se considera autosuficiente su mente está cerrada y no puede aprender nada. Esto mismo se puede percibir en sus fac-

ciones en las cuales predomina la contención, derivada de su estreñimiento así mismo una cierta frialdad que lo hace reprimir la risa y el sentido del humor. Por último, una especie de autosatisfacción con su persona.

Este porte se deriva de la fantasía omnipotente de invulnerabilidad que sería una manera de asegurarse que existe y que no es insignificante, ni que se nos abandonará o sufriremos la pobreza. El objetivo de la actitud petulante puede ser la duda en la obtención del verdadero éxito. En el fondo el hambre y la frustración son situaciones que dirigen al individuo a manejar sus objetos y aprender a usarlos. El cerrarse en la petulancia y la vanidad, abandonando la culpa en una pose de saberlo todo y de superioridad encierra una contención de tipo anal que despierta la agresión de la mayoría.